

El Aglipayanismo es Herejía

JESUCRISTO ES DIOS

(7.º POR SU OMNIPOTENCIA SOBRE LOS DEMONIOS Y POR CONFESION DE ELLOS MISMOS).



NO parece que sea bajo ningún concepto sospechoso ni parcial el testimonio de un adversario tan temible como el demonio, cuando forzado a salir de los cuerpos de los posesos, exclama sin ser preguntado, que Jesús es el "Hijo de Dios Altísimo, el Santo de Dios".

Afirma también el demonio que ha venido Jesús para exterminarle; que nada tiene que ver con Jesús y forzado por el divino poder sale de los cuerpos y ruega como un favor al omnipotente Señor, que le permita entrar en el cuerpo de unos inmundos animales.

Y no se nos objete que también tuvieron poder para echar los demonios de los cuerpos los mismos Apóstoles, incluso Judas, cuando aún conservaba el buen espíritu de apóstol, y que hasta un Sacerdote con sus exorcismos puede lanzar fuera los demonios de los cuerpos; porque todos ellos recibieron el poder, como delegados de Dios, mas no por propia virtud.

Mas Jesucristo tiene el poder por ser Hijo de Dios, Dios como el Padre y el Espíritu Santo, y por lo tanto esencialmente le conviene el atributo de la omnipotencia.

¿Qué notable diferencia va del modo cómo obran en estas circunstancias los Apóstoles, cuando maravillados de las portentosas obras que han llevado a cabo, se las cuentan al divino Maestro, diciéndole lleno de gozo: "Señor hasta los demonios mismos se sujetan a nosotros por la virtud de tu nombre, y la manera prodigiosa cómo realiza Jesús sus sorprendentes maravillas sobre los demonios, imperando como verdadero Dios: "Enmudece, y sal de ese hombre", y en otra ocasión: "Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando: sal de este joven, y no vuelvas más a entrar en él".

Los mismos Apóstoles se confesaron impotentes para echar el demonio de un pobre lunático, y con gran ingenuidad le preguntaron al Maestro a solas: "Y por qué motivo nosotros no le hemos podido lanzar? Respondióles Jesús: Esta raza de demonios por ningún medio se echa, sino a fuerza de oración y de ayunos".

Tomemos para confirmación de lo expuesto el milagro que obró N. S. Jesucristo de vuelta de Galilea: "Bajó, dice S. Lucas 4, 31, a Cafarnaúm, ciudad de Galilea, donde enseñaban al pueblo en los días de sábado.—Y estaban asombrados de su doctrina; porque su modo de predicar era de gran autoridad y poderío.—Hallábase en la sinagoga cierto hombre poseído de un demonio inmundo, el cual gritó con gran voz: Basta; déjanos en paz: ¿Qué tenemos que ver contigo, oh Jesús de Nazaret? ¿Has venido a exterminarnos? Ya sé quien eres: eres el Santo de Dios".

"Mas Jesús indignándose, le dijo: Enmudece, y sal de ese hombre.—Y el demonio, habiéndole arrojado al suelo en medio de todos, salió de él sin hacerle daño alguno.—Con lo que todos se ate-

morizaron, y conversando unos con otros, decían: ¿Qué es esto? (S. Marcos añade): ¿Qué nueva doctrina es ésta? Manda con autoridad y poderío a los espíritus inmundos y luego van fuera.—Con esto se iba esparciendo la fama de su nombre por todo aquel país."

¿Qué interesante diálogo se entabló entre el demonio que atormentaba el cuerpo de aquel pobre hombre, y el divino Señor! "Del contexto del Evangelio se deduce que este energúmeno no era solamente hombre, sino que habitaba también en él otro espíritu, que era el demonio, escribe el P. Ugarte de Ercilla S. J.

"Para echarle fuera hizo Jesús tres cosas: le amenazó, le mandó callar y le obligó a salir. Calla y sal de ese hombre, le dijo.

"Alaban los demonios a Cristo, y Cristo los menosprecia. Oír el poseso la orden, y arrojarle en tierra y agitarse convulso en medio de la sinagoga, todo fué uno.

"La grandeza del prodigio despertó en el ánimo de los expectadores gran admiración y reverencia; y no acabando de entender cómo Jesús en un momento, con una sola palabra imperativa, sin exorcismos, sin abluciones, sin aparatos de ritos, que usaban los rabinos, arroja a los demonios, exclamaron temerosos: ¿Qué palabra es ésta que tanto puede, que mandó a los espíritus, y ellos abandonan los cuerpos?"

Bueno será decir dos palabritas sobre el hecho de la posesión y de sus causas y efectos.

"Permitiéndolo así Dios N. Señor por sus fines, dice el P. Vilariño S. J. y tal vez para que el Mesías demostrase mejor su poder, había en aquella época muchísimos poseídos del demonio. El demonio ocupaba el cuerpo del endemoniado, usaba de sus miembros a su capricho, por su fuerza, contra la voluntad del poseso, al cual prestaba no pocas veces fuerzas físicas y facultades superiores a las que el hombre puede tener.

"Apoderado de un hombre vivo, dueño en él de todo, menos de su voluntad, a la cual no puede el diablo, ni aun en estos casos, violentar, moviálo, haciale hablar, comer, moverse, retorcerse, como él quería".

¿Qué maravilla es, pues, que quedasen admiradas aquellas gentes ante la grandeza del milagro realizado por el Hijo de Dios? La causa de tanta admiración debió atribuirse a la costumbre de los judíos de ver empleados en tales casos largos exorcismos y oraciones ante el pobre endemoniado; y no pocas veces sin éxito; y ahora al contrario, contempla la muchedumbre, atraída por la novedad del caso, al Divino Maestro que con una sola palabra es al punto obedecido, y que recobra la salud el desdichado energúmeno.

Sin embargo los enemigos modernos de N. S. Jesucristo, que se acogen al sistema cómodo, pero ilógico de negarlo todo, o al menos de desfigurar los hechos, para restar, si les fuera posible, gloria y merecido prestigio al Salvador, responden ante la evidencia del caso, que confiesa y admite toda aquella muchedumbre, que todo fué juego de la

imaginación, y de ahí que no hubo tal curación milagrosa, porque el enfermo dice Th. Brown era simplemente neuropático.

Y ¿qué médico ha logrado jamás que un enfermo que fué arrojado al suelo súbitamente en medio de una muchedumbre y se revolvía furiosamente, fuese curado con una sola palabra, de modo que los circunstantes, que estaban atentos y admirados, exclamasen unánimes: "Manda con autoridad a los demonios y luego van fuera"?

J. Weiss supone que el enfermo era simplemente un epiléptico. Pero cualquiera que haya presenciado un caso de esta terrible enfermedad, sabe perfectamente que el epiléptico suele ponerse furioso y expresarse con gritos y aullidos, o por lo menos no habla tan concertadamente como este energúmeno.

Mientras que en nuestro caso el enfermo reconoció a Jesús, y el demonio exclamó: "Basta, déjanos en paz; ¿qué tenemos que ver contigo, oh Jesús de Nazaret?... Ya sé quien eres: eres el Santo de Dios".

El enfermo, pues, habló aquí con gran verdad, con sosiego y reposo; o mejor diremos fué el demonio, que había tomado posesión del desgraciado.

Tampoco se ha de admitir como afirma Paulus que tengamos aquí un mero caso de paranoia o resania; porque ésta se manifiesta por la excesiva locuacidad e incoherencia de conceptos; al paso que en el presente caso se muestra el paciente concertado en sus palabras y comedido en su discurso.

Reconozcamos ingenuamente la verdad bien probada por el Evangelio de S. Lucas, de la curación milagrosa de este hombre poseído de un

demonio inmundado, a la voz imperiosa de N. S. Jesucristo.

Demos crédito a tantos testigos oculares que prorrumperon en exclamaciones de admiración ante el hecho por ellos presenciado, y a los cuales no es posible en buena lógica suponer alucinados, o sobornados, o tan cándidos que se dejaran arrebatar del entusiasmo, sin un motivo proporcionado, como fué sin duda ver con sus propios ojos en la sinagoga la curación repentina de un enfermo, sin más medio que unas palabras pronunciadas por el Divino Maestro.

Tengamos presente que si se hubiera tratado de algún simple desmayo o de alguna enfermedad pasajera, no hubiera sido posible despertarse tan grande entusiasmo, ni hubiera transcendido éste más allá de los muros de la judaica sinagoga, cuando tantos y tan fidedignos testigos se empeñaron en propagar con tan gran rapidez la nueva doctrina del Taumaturgo y se esparció su fama por toda aquella región.

Reforcemos nuestra inquebrantable fe en la persona adorable de Jesús; excitemos nuestra admiración y cariño a la vista de sus prodigiosos triunfos sobre las enfermedades y sobre el infierno mismo; y si por desgracia alguno fuera todavía tan ciego y obstinado a la luz de los prodigios del Salvador y a sus clarísimas enseñanzas, oiga por lo menos la voz temerosa del espíritu de las tinieblas, que forzado por la Divinidad del Hijo de Dios, exclama sin ambages y da testimonio de la verdad, diciendo mal de su grado: Ya sé quien eres: eres el Santo de Dios, el Hijo de Dios Altísimo.

P. DE ISLA.

*La mejor manera de hacer prosperar
a un negocio es la de darle publicidad.*

*Examine los distintos medios y verá
que ninguna como*

Anunciarse en Estudio.